

28 de Febrero de 1909. Año VI. N.° 124.

Redacción y Administración: Calle de San Mateo, 11 dup.°, entr.° Apartado en Correos n.° 445.

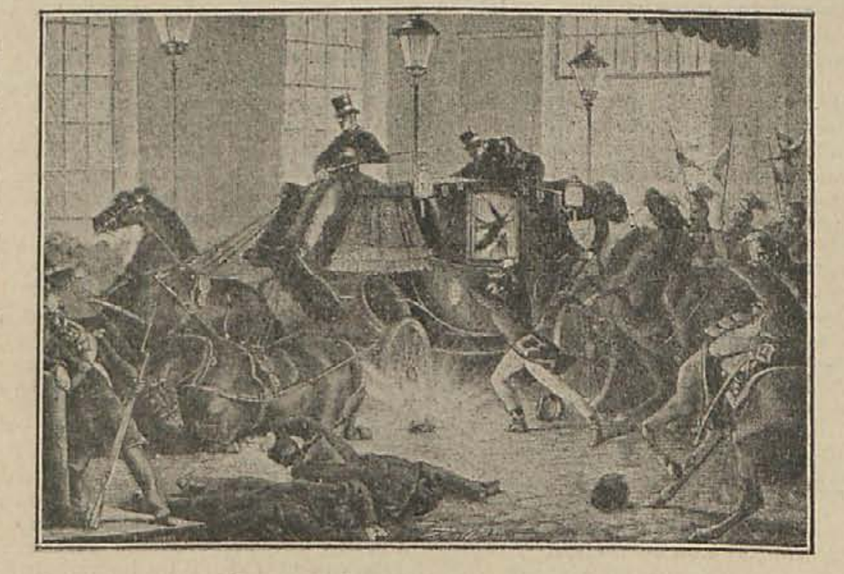
Atentados célebres

El de Orsini contra Napoleón III

Un atentado espantoso hizo conocidísimo el nombre de Félix Orsisi, de quien daremos algunos antecedentes antes de describir su crimen terrible, que conmovió al mundo entero.

Había nacido Orsini en Meldola, en los Estados romanos, el año 1819, y llegado á su juventud se afilió con pasión al partido revolucionario que se titulaba *La Joven Italia*. Desde entonces su vida no fué sino una constante lucha contra los Gobiernos constituídos en Italia, tomando parte activa en cuantas revoluciones estallaron en todos los Estados. En 1845 es condenado á cadena perpetua, por conspiración contra el Gobierno pontificio, y al año siguiente, la amnistía concedida por Pío IX le hace recobrar su libertad, marchando á Toscana, donde se lanza otra vez á la revolución y de donde es expulsado al descubrirse sus maquinaciones; pero regresa más tarde y continúa conspirando; se le descubre nuevamente, y enviado á Forlí, en los Estados del Papa es encarcelado, logrando escaparse y volver por tercera vez á Florencia, donde le sorprendió la revolución francesa del 48. Ardió entonces toda Italia y Orsini se puso al servicio de la nueva República veneciana, alcanzando el grado de capitán batiéndose contra los austriacos.

Estalla entonces la revolución romana y á Bolonia se dirigió con un batallón, siendo nombrado más tarde diputado en la Asamblea constituyente de Roma y enviado por el Comité ejecutivo, como delegado extraordinario, con plenos poderes á Terracina, á Ancona y á Ascoli, donde cometió grandes exacciones, aunque sin enriquecerse personalmente. Luego de la toma de Ancona por los austriacos, regresó á Roma, formando en las filas de Garibaldi, y caída la República, se refugió en Génova y luego en Niza, donde, por continuar siempre conspirando, fué detenido por los gendarmes y encerrado en un fuerte de Génova, del que salió para ser transportado á Inglaterra. En Londres continúa sus intrigas revolucionarias y va errante luego por Piamonte, Lombardía y Suiza, donde también es detenido por conspirador. Logró el audaz aventurero evadirse de los gendarmes suizos y siguió su tarea revolucionaria trasladándose á Austria, donde por preparar la revolución y un complot contra la vida del emperador es detenido, juzgado y condenado á muerte, encerrándosele en el castillo de San Jorge, de donde no había podido nunca escaparse ningún preso. Una mujer le proporcionó una lima, cortó los barrotes de su reja, se deslizó por una cuerda trenzada con pedazos de tela y cayó al foso del castillo desde una altura bastante considerable, hiriéndose gravemente en una pierna y considerándose perdido, pues no podía moverse. Unos transeúntes compasivos, sin conocerle, le ayudaron, y refugiado en casa de amigos seguros, se restableció y huyó á Inglaterra.


Momento del atentado contra Napoleón III.

Establecido Orsini en Londres, resolvió trabajar por cuenta propia, pues que hasta entonces no había sido sino el instrumento de Mazzini, y se erigió en conspirador en jefe, entrando en relaciones con otro italiano llamado Pieri, con el que concibió el proyecto del atentado contra el emperador de Francia. Buscaron la ayuda de un emigrado político francés, llamado Simón Bernard, y se dedicaron á la fabricación de las célebres bombas fulminantes que de Orsini tomaron el nombre. Para la perpetración del atentado se agregaron dos obscuros acólitos, un napo-

litano, llamado Gómez, y otro italiano, de noble familia, que Carlos de Rudio se llamaba. Todo preparado y construídas las bombas, se trasladaron con gran sigilo á París, pero no con tanto que Pieri no se hiciera sospechoso á su paso por Bruselas, circunstancia á la cual quizás debieran la vida los emperadores, como luego veremos.

En la noche del jueves 14 de enero de 1858, se celebraba una brillantísima función extraordinaria en el teatro de la Opera y sabíase que el emperador y la emperatriz habían de asistir á ella. A las ocho, Orsini, Pieri, de Rudio y Gómez que se han distribuído bien los papeles, salen de casa del primero dispuestos á realizar su infame proyecto. Gómez y de Rudio llevan las dos bombas más grandes, Pieri lleva otra más pequeña y Orsini se queda con dos, conviniéndose en que Gómez lanzaría la primera bomba, Rudio la segunda, Orsini la tercera y Pieri la cuarta, situándose entre los curiosos enfrente de la entrada principal del peristilo.

La multitud invadía los bulevares y las inmediaciones de la calle Le Peletier, cuando los conjurados se preparan á consumar su obra. Un oficial de Policía, llamado Hebert, que tenía la filiación de Pieri, á quien desde Bruselas habían denunciado como sospechoso, al reconocerle en la calle de Le Peletier, le detiene, y llevándole al cuartelillo le encuentra la bomba fulminante. Entretanto, la comitiva imperial desemboca en la calle; son las ocho y media, delante va un coche con los oficiales del cuarto militar, sigue una sección de lanceros de la Guardia y después la carretela que ocupan los emperadores y el general Rouguet, ayudante de Napoleón III. Al llegar frente á la entrada principal del teatro, el carruaje acorta su marcha y en aquel momento y con intervalos de pocos segundos estallan tres bombas con terrible estrépito, la primera en la última fila de la escolta de lanceros, la segunda á la izquierda del carruaje y la tercera debajo del mismo coche.

Tan violenta es la conmoción que las explosiones sucesivas producen, que el alumbrado de gas se apaga y se hacen añicos todos los cristales de los edificios vecinos. Se produce una general confusión, un tumulto indescriptible, una escena de espanto y horrores, en que no se oyen más que desgarradores gritos de angustia y de dolor y gemidos lastimeros de los heridos. Los alrededores del teatro presentan el aspecto de un campo de batalla, los heridos y los moribundos cubrían el suelo. La marquesina que había á la entrada del teatro quedó perforada en muchos sitios, el carruaje imperial está acribillado literalmente por setenta y seis proyectiles, uno de los caballos del tiro muere destrozado, y el otro queda gravemente herido, lesionados graves resultan el cochero y los lacayos. Muchos cascos de bomba penetraron en el carruaje, y el general Rouguet recibe una herida debajo de una oreja, de la que mana sangre abundante. Un proyectil atraviesa el sombrero del emperador; el traje de la emperatriz queda manchado de sangre, y si resultan ilesos débese únicamente á providenciales designios.

Heridos ó muertos resultan, que se sepa, 156; de ellos, 21 mujeres, 11 niños, 13 lanceros, 11 guardias de París y 31 agentes y empleados de Policía.

Los emperadores, conservando toda su sangre fría, se apean del carruaje, entran en el teatro y aparecen en un palco cuando se canta un fragmento del segundo acto de *Guillermo Tell*, siendo acogida su presencia con una aclamación inmensa. La función continuó, sin que se alterara el programa, y SS. MM. la vieron hasta el fin.

Veamos la suerte de los asesinos. Inmediatamente después del atentado, la Policía comenzó á practicar activas gestiones. Se registraron todas las casas de la calle Le Peletier situadas enfrente del teatro de la Opera. En el restaurant Broggi, los agentes repararon en un joven que lloraba y parecía muy turbado. Se le interrogó, y no tardó en perder la cabeza, confesando ser Gómez, su participación en el hecho criminal y las señas de su amo Orsini.

Orsini, al lanzar su primera bomba, resultó herido, lo cual le impidió arrojar la segunda. Las personas que estaban cerca de él le tomaron por una víctima y le acompañaron á una farmacia, donde le curaron de primera intención, y luego á una parada de coches, donde, tomando uno, se hizo conducir á su casa en la calle del Monte Tabor. Apenas se había acostado cuando vió aparecer la Policía, ante la que trató de sincerarse; pero enterado de que Gomez le había perdido, acabó por confesar.

Rudio lanzó su bomba, y el tumulto le permitió escapar, marchándose tranquilamente al hotel donde se hospedaba; pero así como Gómez dió la dirección de Orsini, Pieri había dado la de Rudio, que fué detenido á poco de estar en su cama.

Así, pues, en el espacio de cuatro horas solamente, gracias á una suerte extraordinaria y al azoramiento de Pieri y Gómez, que proporcionaron indicaciones que, de no ser así, difícilmente se les hubieran arrancado, pudo la Policía echar mano á los cuatro autores del atentado.

La causa se instruyó rápidamente, y el 12 de febrero comparecieron ante el Tribunal sentenciador los cuatro conjurados. Pieri negó los cargos formulados contra él, y Orsini consignó que él había fabricado las bombas, que él era único autor, pues que los demás sólo le habían servido de instrumentos; Orsini, Pieri y Rudio fueron condenados á muerte; Gómez obtuvo ciertas circunstancias atenuantes, y sólo fué condenado á cadena perpetua. Más tarde se le conmutó á Rudio la pena capital por la de presidio perpetuo.

El día 13 de marzo se levantó el cadalso, y en él expiaron sus crímenes Orsini y Pieri, conservando toda su presencia de ánimo. Pieri murió cantando el estribillo de los *Girondinos;* y Orsini, al poner su cabeza en la máquina fatal, lanzó con potente voz el grito de: «¡Viva Italia! ¡Viva Francia!»

Escena horrible

Bárbaro crimen de un borracho.

De un bárbaro crimen, cometido por uno de esos degenerados por el abuso del alcohol, hemos de dar cuenta á nuestros lectores, aunque la pluma se resista á estampar los detalles que delatan á la bestia feroz que perdió toda noción de humanidad, borrándosele toda clase de sentimientos con la acción corrosiva de ese veneno que tantas y tantas víctimas tiene á su cuenta.

La escena desarrollada no puede superarse en horror. Un matrimonio, Luciano y Melania Lefort, vivían en París en la calle de Oberkampf. Luciano, borracho habitual, hacía pasar á su mujer una vida desesperada con sus discusiones, que demasiado frecuentemente iban acompañadas de golpes y malos tratos. Cada día aumentaban las discordias y se sucedían las escenas desagradables, en que se ponían de manifiesto los instintos feroces del alcohólico.

La otra noche, entró Luciano en su casa, como de costumbre, en un estado deplorable de embriaguez; comenzó la riña cuotidiana, y loco se abalanzó sobre la mujer mártir y llevándola hacia la ventana del cuarto, intentó arrojarla en el vacío. La desgraciada Melania logró asirse desesperadamente al hierro que formaba el antepecho de la ventana, quedando suspendida sobre la calle á una altura de segundo piso. Luchaba el marido por desprenderla del hierro salvador; pedía la mujer socorro á grandes voces; exasperado al ver la resistencia que la pobre ofrecía, se apoderó de un cuchillo, infiriéndole con saña feroz muchas heridas en la cara y en el cuello. La infeliz mujer, en un crispamiento supremo de sus manos, estaba como adherida al hierro, moribunda, cuando varios vecinos acudieron, logrando detener al repugnante parricida y salvar de una muerte cierta á la desdichada víctima del asqueroso borracho.

En estado gravísimo fué conducida al hospital de San Antonio, donde se la atiende con gran cuidado.

¿Qué castigo infligir á salvajes de esa naturaleza? Porque todo nos parece poco.

Cosas de antaño

La Cuaresma. — Atroces castigos por faltar á sus preceptos

La indiferencia religiosa se extiende de día en día; el hecho es indudable; la despreocupación de las gentes aumenta, y el precepto de nuestra religión, de abstinencias y ayunos, se desobedece sin escrúpulos; el castigo al incumplimiento del precepto es puramente espiritual, y el hombre de hoy parece que sólo á lo terrenal y corpóreo atiende.

Buena fortuna es que los españoles de hoy no vivamos en la Francia de Carlomagno, ni siquiera en la de Luis XIV, porque de ser así, perecerían tantos en el patíbulo por haber comido carne durante la Cuaresma, que mucho tememos que se despoblara España.

Carlomagno, hombre muy autoritario, observó que los pueblos de su Imperio recién convertidos, sobre todo los sajones, se mostraban reacios á observar los preceptos cuaresmales, y para obligarles á su cumplimiento, decretó la pena de muerte para todo aquel que violara las leyes de la abstinencia durante ese período del año.

En España, ni aun en los días más aciagos de la Inquisición hemos llegado á tal severidad, aunque en nuestro país fué donde por primera vez se decretaron penas para quienes no observasen la Cuaresma. En el Concilio de Toledo del año 653, se dispuso que los que comieran carne durante la Cuaresma, no pudiera volver á comerla en el resto del año. Si tenemos en cuenta el fanatismo que siempre ha distinguido á nuestro país, habremos de convenir en que la sanción que se imponía no podía ser más suave.

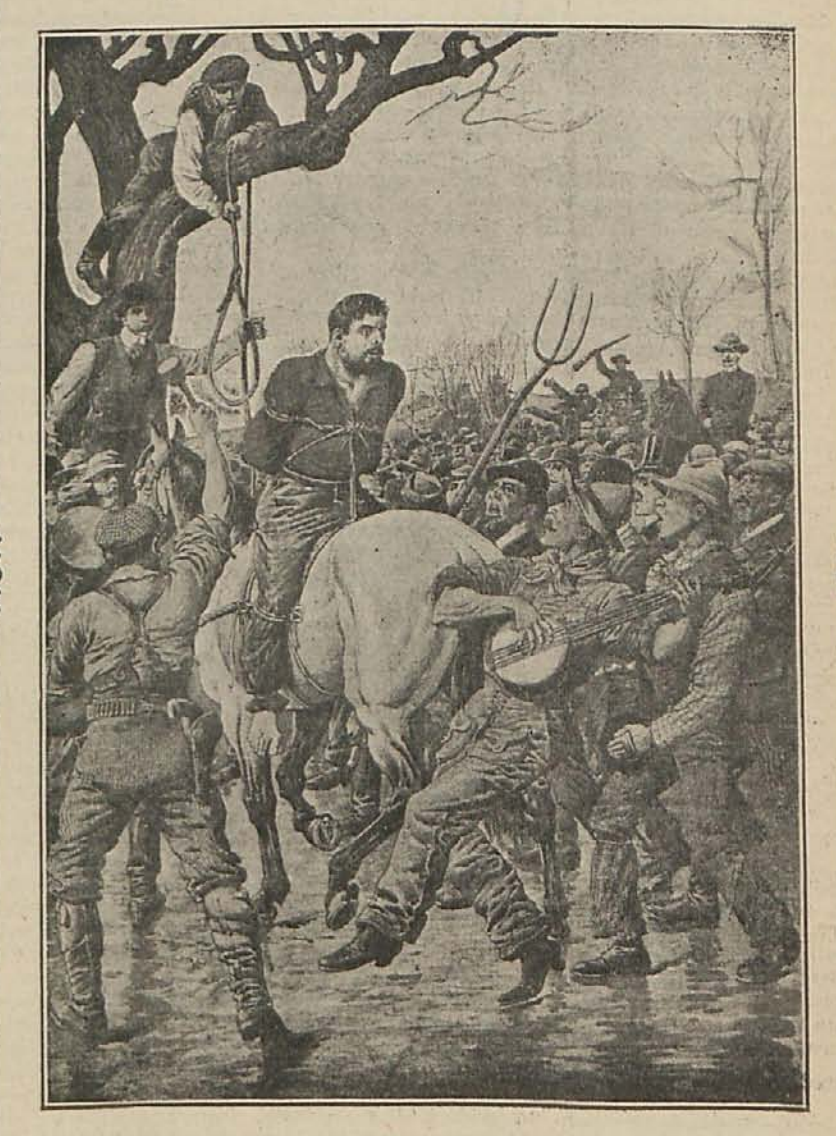
No sucedía lo mismo en Francia y en otros países, donde se conoce que tomaban por modelo á San Macario de Alejandría, de quien se cuenta que pasaba la Cuaresma entera de pie, sin dormir, sin beber y sin comer más que una hoja de col cada domingo.

Los polacos, en su fervor de neófitos, cuando se convirtieron al cristianismo, castigaban arrancando todos los dientes y muelas á los infelices que habían comido carne en Cuaresma, remedio que, si bárbaro, era radical y eficacísimo, pues como, que sepamos, no estaban en aquellos tiempos muy adelantadas las artes de los odontólogos, ni se habían inventado los masticadores, los pobres desdentados quedaban impedidos de comer carne en toda su vida, lo que era más cruel que la decisión del Concilio toledano.

En cuanto á Francia, las penas fueron siempre de una severidad extremada. Se crearon impuestos semejantes á las Bulas que en España pagamos y se imponían, además, multas; pero siendo ineficaces tales medios coercitivos, se acudió á imponer penalidades, como azotes y encierro en la cárcel, además de pasear públicamente á los delincuentes por toda la población, llevando colgado del cuello el cuerpo del delito, ó sea la tajada. Un escritor francés nos habla de una dama que con un su amigo se fué á comer un cuarto de cabrito y un jamón; dió el olorcillo del apetitoso asado en la nariz de los golillas, sorprendieron á la pareja infraganti delito de comer carne, y por todo París los exhibieron con el resto del cabrito y del jamón á guisa de escapulario.

Unicamente un monarca, después de Carlomagno, resucitó la pena de muerte para castigar á los contraventores del precepto cuaresmal. Ese monarca fué, precisamente, el que pasa por más liberal, el exhugonote En-

Un lynchamiento en los Estados Unidos



El pueblo yanqui, sediento de justicia por la ferocidad de un delincuente, castiga con saña los crímenes anteponiéndose á la acción de los Tribunales. Las masas desbordadas dan un espectáculo repugnante, del que da perfecta idea nuestro grabado.

rique IV, que, seguramente, de ese modo quería dar á los católicos pruebas fehacientes de sus sentimientos religiosos.

Otro monarca que castigó muy severamente el quebrantamiento de la Cuaresma fué Luis XIV, el rey más vicioso y corrompido que ha tenido Francia. Ordenó que los delincuentes fueran condenados á tres meses de cárcel, 3.000 libras de multa y exposición en la picota durante tres días de mercado. Prohibió que se vendiera carne durante la Cuaresma, á no ser en los hospitales, donde se facilitaba á quien presentaba certificado de un médico respetable y de arraigadas creencias religiosas, visado por el cura de la parroquia.

Pero resultó que al abrigo de los privilegios de que disfrutaban los príncipes y los nobles, se establecieron en los propios palacios carnicerías, que constituían una industria muy lucrativa, y hasta hubo un individuo que puso un despacho de carne en las mismas Tullerías, lo que obligó á Luis XIV á autorizar á los agentes policíacos para que pudieran penetrar hasta en los palacios reales para observar si en ellos había carne y gente que la comiera.

Todas estas exageraciones para impedir el consumo de carne no llegan, ni con mucho, á lo que los censores de Munich hicieron, pues estos celosos católicos llegaron á prohibir el libro francés de culinaria titulado: *La Cuisinière Bourgeoise*, porque contenía una receta para guisar las carpas ¡¡con manteca!!

En España, como queda dicho, jamás las leyes han llegado á castigar severamente la inobservancia de la Cuaresma. En otros tiempos, seguramente, bastaban las arraigadas creencias religiosas de nuestro pueblo para el cumplimiento de los preceptos. Hoy en día no hacen falta sanciones, pues tal como están los tiempos, sólo algunos afortunados pueden darse el gusto de faltar á la prohibición, ya que la generalidad del país está condenado á eterna abstinencia, y á la fuerza tiene que ayunar en todo tiempo.

Ocupaciones de presos célebres

Muchos presos se han hecho célebres por los recursos á que apelaron para distraer sus largos y forzados ocios y apartar de su mente esas ideas de desesperación y de odio que inevitablemente inspira un encierro prolongado.

La costumbre de escribir en las paredes no es, como quiere la sentencia latina, privilegio de los necios. Muchas veces lo es más bien de los desgraciados. Los que gozamos de libertad jamás podremos imaginar lo que siente un preso escribiendo sobre la piedra ó el yeso de los muros de su celda el nombre de un ser querido ó palabras cuya importancia sólo él conoce.

Monseñor Darboy, arzobispo de París, fusilado por la Commune, escribió en la puerta de su celda de la Roquette estas palabras latinas: *Sublimitas, longitudo, latitudo, profundum*, y en la ventana, estas otras: *Vitamens, robor, salus*.

La famosa torre de Londres tiene sus muros enteramente cubiertos de rótulos y figuras grabadas por los presos que albergó. Entre aquéllos está la inscripción tan conmovedora como sencilla, *Jane*, cuyo grabado fué la distracción única de la célebre Juana Grey.

Los conocimientos artísticos son otro derivativo, y uno de los presos que han llegado á gozar de más fama la debió justamente á una obra de arte. Nos referimos al famoso preso de Gisors: no se sabe quién fué, ni su nombre, ni la causa de su prisión; pero la celda que ocupó largos años es la admiración de cuantos la visitan. Escenas de la Pasión, episodios caballerescos, Eva y Adan en el Paraíso y muchas otras figuras, esculpidas en relieve, adornan los muros de la obscura celda.

Literatos famosos ha habido también que en la cárcel escribieron sus mejores obras. Camoens, aunque tenía comenzado su célebre poema *Os Luisiadas* antes de ser encarcelado, perfiló y completó aquella obra maestra en las mazmorras de Goa.

Silvio Pellico, encerrado en Santa Margherita, compuso las tragedias *Iginia de Asti* y *Ester de Engadi*. Condenado después á muerte, pero habiéndole sido conmutada la pena por la de quince años de cárcel, reducidos luego á siete, los pasó en el castillo de Spielberg, en Moravia. Cargado de cadenas, en vez de desesperarse y suicidarse, se distrajo componiendo su tragedia *Gismonda*, siendo lo admirable que, como carecía de lo necesario para escribir, compuso y aprendió de memoria su magnífica obra.

Hoy en día es una gran profesión la de taquígrafo, pues en ella se cobran sueldos elevados. En el siglo XIV, el abate Tritenio inventó un sistema de escritura rápida; pero fué condenado por la Inquisición y los ejemplares que existían fueron quemados, considerándolos como libros que encerraban diabólicos misterios.

Gendarmes y soldados

Vicio nacional muy extendido es criticar todo lo que en España sucede, y citar á los extranjeros como modelos en todos los órdenes de la vida. No os dejéis engañar por esos extranjerizados compatriotas; en todas partes cuecen habas, y, en verdad, que no es en Francia, precisamente, donde pueden darnos lecciones de buenas costumbres y de respeto á la Autoridad.

El otro día estaba en la estación de Creil, prestando servicio, el gendarme Mennessier, cuando vió llegar á dos soldados del 5.° de Dragones, en completo estado de embriaguez, vistiendo de uniforme y llevando uno un sombrero y el otro una gorra de pelo. Creyó el gendarme de su deber llamar la atención de los soldados por su estado y por la indumentaria extraña que llevaban. Nunca lo hubiera hecho; pues los dragones cayeron sobre él moliéndole á puñetazos, corriendo igual suerte otros gendarmes que llegaron á la estación casualmente. Luego de quedar hechos una lástima los uniformes de los gendarmes, pudieron detener á los *comedidos* soldados, que fueron puestos á disposición de la Autoridad militar.

En España hablarían los periódicos de relajamientos de disciplina, del estado deplorable del regimiento, de la mar. En Francia se limitan á relatar el hecho en seis líneas, sin comentarios de ninguna clase.

Venganza brutal

Dos vecinos de Oggebbio, pequeña población italiana, se habían declarado odio mortal á consecuencia de cuestiones antiguas que entre ellos existían hace años, siendo con tal motivo frecuentes las disputas que sostenían. Días pasados, uno de ellos, Eduardo Francini, para dar fin á la serie de altercados, no encontró medio más expeditivo que deshacerse de su enemigo Ignacio Micotti, y á tal fin le salió al encuentro en un camino, dándole en el cráneo tan fuerte golpe con una barra, que le hizo caer inanimado. Desangrábase Micotti, y seguramente hubiera muerto; pero la brutal ferocidad de Francini, no satisfecha todavía, dió lugar á la salvación del herido.

Efectivamente, para rematar su obra roció el asesino el cuerpo de su víctima con petróleo y prendió fuego. Las quemaduras, produciendo agudísimos dolores, hicieron prorrumpir al desdichado en alaridos y gritos de angustia, que llamaron la atención de unos campesinos que acudieron en su socorro, conduciéndole al hospital, donde se le prodigaron toda clase de cuidados, evitando su muerte, que hubiera sido segura sin el acto de salvajismo del asesino.

Francini, capturado por los carabineros, está bajo la acción de los Tribunales de justicia.

La criminalidad infantil

¡Buena está la juventud del día! Hojead á menudo la prensa periódica y os causará verdadero horror contemplar la ola roja de crímenes de toda clase, parricidios, homicidios, suicidios y fugas resonantes que tienen por principales actores á muchachos de quince años. La aterradora precocidad para el crimen de quienes apenas pisan los umbrales de la vida, forzosamente ha de llamar de una manera poderosa la atención de todas las gentes, y en especial de los que á estudios criminalistas se dedican. A nosotros corresponde tan sólo recoger hechos, sin entrar en profundas disquisiciones acerca de ellos; pero ante la abrumadora multiplicación de los crímenes de los niños, al correr de la pluma, sin entrar en análisis que serían ajenos á nuestra Revista, vamos á discurrir breves momentos sobre tan interesante cuestión.

Hagamos notar, por de pronto, con gran satisfacción, que España, afortunadamente, es el país donde menos delinque la juventud, que si inculta y mal educada, por regla general, no demuestra los feroces instintos que la de otros países que se dicen más adelantados que nosotros. ¡Quién sabe si no es imputable á ese mismo adelanto la causa de la prematura propensión al mal! Lo cierto es que aquí se registran pocas veces los horribles hechos que á diario vemos narrados en la prensa francesa y alemana, sobre todo.

En Chalons-sur-Saone, un joven de menos de veinte años discute con su padre y, á falta de argumentos, sin duda, empuña un revólver, y con entera frialdad, envía una bala á que se aloje en el cuerpo del autor de sus días. Es detenido y desarmado, y al preguntarle la causa de su crimen, cínicamente responde: «Me cargaba ya el viejo.. Tanto peor para él». Razón, como vemos, poderosísima para deshacerse del que le dió el ser.

En Carrieres-sous-Poissy, Víctor Legrand, de quince años, luego de sufrir una reprimenda de su padre, pobre viejo de setenta años, le espera tras de una puerta escondido y cuando pasa, le descarga varios golpes de azada, que hacen caer ensangrentado y moribundo al viejo, que, sin duda, debía también *cargar* á su *amante* hijo.

Otro mocito, leemos, dispara tres tiros contra su madre. También le *cargaría*. Los jóvenes de hoy no admiten, seguramente, que sus padres sean *cargantes*, y á fin de evitarlo, adoptan un remedio radical: los matan.

También los hay tímidos, que no se atreven á manejar un arma; éstos adoptan el procedimiento de la fuga, desapareciendo del hogar doméstico, que dejan desolado, para campar por sus respetos. Se registran á docenas fugas de parejas de *tortolitos* de tierna edad, enamorados de la vida sin trabas de ningún género. Una pareja de galán de quince años y de jovencita de diez y seis, marchóronse recientemente al bosque de Saint Cloud, empeñados en vivir allí en plena naturaleza, practicando la libre unión y vida libre que leyeron, sin duda, preconizada por algún novelista ó dramaturgo al estilo moderno. En Charenton vemos repetido el caso: una *señora* de quince años abandona su casa tras de su novio, caballerete de quince años también. La familia de la fugada se alarma y avisa á la Policía; los agentes se ponen sobre la pista de los enamorados y los encuentran á orillas del Sena; pero la amante criatura, antes que vivir sin su amor, prefiere la muerte y se arroja en las aguas del río, de donde es *pescada* por los agentes, que la condujeron á su casa, quizá ya curada, con el baño frío, de la fiebre de independencia amorosa que la poseía.

Tiros y fugas; doblemos la hoja y nos encontraremos con una racha de suicidios: en Marsella, el mismo día y por idéntica causa, desaparecen voluntariamente del mundo dos mozos de quince y diez y seis años. Se habían *enamorado* perdidamente de dos bailadoras de *music hall*, dos hermosas inglesas, que no se rinden á las vehementes muestras de pasión de los jóvenes, quizá por no ir acompañadas de numerario suficiente, y claro, al ver rechazado su amor, ¿qué remedio queda? ¡matarse!

En Alemania reina una verdadera epidemia de suicidio entre los jóvenes, especialmente entre los estudiantes. Más de mil suicidios de niños se han registrado en diez años. En los menores de quince años, la proporción por sexos es de cuatro niños por una niña; pasada aquella edad, cuarenta y ocho varones por cada hembra. La causa del suicidio se atribuye en trescientos treinta y tres casos al temor del castigo; en setenta, á desórdenes mentales; en sesenta y ocho, á intemperancia y al alcoholismo. Otras causas de suicidio en la juventud son: desengaños amorosos, duda religiosa y, sobre todo, esa desesperanza filosófica adquirida por la indigesta lectura, en tal edad, de obras de Nietzsche y de Schopenhauer.

Es desconsolador, verdaderamente, que muchachos pusilánimes, tímidos, temerosos del castigo que esperan por faltas quizá graves cometidas, apelen al suicidio para sustraerse de aquél.

El alcoholismo, otra plaga de la humanidad, se ceba en la juventud, produciendo el suicido en muchos casos, cuando ella sola de por sí no priva también á la sociedad de hombres que un día podrían serle útiles. En Saint Maur, no hace mucho, dos mozuelos de trece y catorce años robaron á sus padres una moneda de 5 francos, y no hallaron mejor empleo para ella que comprar un litro de ron, que mano á mano bebieron de una sentada. El resultado de la libación no se hizo esperar: el más joven cayó atacado de una congestión, mientras el otro se revolcaba á su lado dando gritos de dolor. Unos transeúntes acudieron en su socorro, trasladándolos á casa de sus padres; pero el terrible veneno había obrado su efecto: uno de ellos estaba muerto, y el otro, moribundo.

¿Qué decir de esos suicidios por amor? En la edad de la infancia, ese amor no es otra cosa que apetitos desordenados, de viciosos, de satisfacer torpes pasiones engendradas por la libertad y licencia de costumbres obscenas y por la pornografía descarada, que cual oleada de cieno ahoga á toda la sociedad en nuestros días.

El suicidio por desespero filosófico, que tanto castiga á la juventud alemana, no habíase extendido aún fuera de ella; pero ya en Francia se tocan sus efectos, y en España no tardarán en producirse, de seguir el estúpido *snobismo*, que puso de moda las nebulosas divagaciones de Nietzsche y de otros autores, que desdeñando la alegría de la vida, sólo predican tristezas y pesimismos, viéndose con asombro la existencia de pesimistas de quince años. ¡Habráse visto! Pesimismo á la edad en que todo debe ser alegría, confianza y ensueños de color de rosa.

¿Y á quién exigir responsabilidades por el deplorable estado que tales hechos acusan en nuestra juventud? En nuestro concepto, únicamente á los padres, que no cuidan, cual debieran, del procedimiento educativo de sus hijos.

No se da preferencia y aun se desdeña la educación moral; se hace aprender muchas cosas á los niños, saben muchos nombres, se les habla mucho de la ciencia y de la razón, nunca del sentimiento. En los libros de los escolares buscaréis inútilmente aquellos pequeños cuentos, historias sencillas, simples, emocionantes, que hoy se califican de necias, pero que, sutilmente moralizadoras idealistas, instruían á los niños de otros tiempos, produciendo en ellos á modo de un germen de sensibilidad exquisita que, según el temperamento é inteligencia del individuo, se desarrollaba más ó menos; pero dejando siempre, aunque sólo fuera, una estela de sentimiento de delicadeza y de pudor.

Hoy tratamos sólo de que el niño asimile ciencia. Las clases de moral están desterradas. No se habla más que de los derechos del ciudadano ¡á niños de ocho y diez años! y se desdeña hablar de deberes Los derechos, conocerlos pronto...; los deberes correlativos, ya se aprenderán más tarde. Honor, conciencia, abnegación y amor al prójimo..., eso son idealismos. La razón debe imperar y la razón es la única que debe enseñar á cada cual á distinguir el bien del mal, según su propia apreciación. Dí-

cese que de tal manera se pretende crear una juventud desprovista de prejuicios. La práctica nos enseña, dolorosamente, que lo que se obtiene es una juventud desprovista de escrúpulos.

El error capital que en la educación se comete y que indudablemente es causa de la criminalidad creciente de la infancia, es no tratar á los niños como á tales niños en el hogar y en la escuela, y que hace que se pueda decir que hoy casi no hay infancia. Nuestros niños viven casi como nosotros, y demasiado con nosotros, entran prematuramente en la vida, sufriendo en seguida los embates de la existencia febril que arrastramos, experimentando muy tempranamente las emociones fuertes y las preocupaciones que en su edad debieran ignorar.

Todo se abrevia hoy día, tanto en el mundo físico como en el moral. Ley soberana del siglo es la presteza, la rapidez en todos los órdenes de la vida. Abolir lo más que se pueda y hasta donde sea posible esos obstáculos tradicionales que tiempo y espacio se llaman; he ahí el objeto hacia el que corremos con una velocidad que causa vértigo; he ahí el ideal en que ciframos nuestro orgullo.

Y en ese camino, estamos á punto de abolir la juventud ó de hacerla, al menos, más corta. Nos hacemos viejos antes de tiempo, y á los niños los hacemos hombres prematuramente. Al impulso de ideas ó de sensaciones muy superiores á su edad, se convierten en hombres por sus deseos, por sus pasiones, aun por sus vicios; no por la cristalización de su naturaleza y de su espíritu, no por la fuerza en su plenitud, no por la constancia en vivir. De tal hecho nace un desequilibrio grande entre las leyes de la naturaleza y las necesidades de nuestra civilización, antinomia entre lo que se quiere y lo que se puede, y de tal antítesis nace el drama que en el alma infantil estallará de pronto, desarrollándose como suicidio, ó como crimen, según las predisposiciones del niño, drama revelador siempre del estado anormal de la juventud de un siglo á quien no se la deja tiempo ni libertad de ser joven.

Precocidad de ciertas naturalezas, precocidad para la inmoralidad y para el mal, no son imputables á los individuos, sino al medio ambiente y á imprevisión. Los dos desdichados suicidas de Marsella no se hubieran prendado de las inglesas si no se les hubiera permitido frecuentar los *music-halls*, donde las *misses* exhibían sus carnes dedicadas al placer efímero comprado por unas cuantas monedas.

Arrojamos los niños en la vida sin sostén ni guía. Sólo desarrollamos en ellos las funciones nerviosas, poniendo en tensión los nervios, que han de saltar á la menor sacudida; se atrofia la conciencia, y el cerebro se debilita; así es que nada tiene de extraño que el individuo no pueda soportar las primeras emociones, contrariedades ó desilusiones que en la lucha de la vida se le presenten.

Las causas principales del desdichado estado de la juventud, esbozadas quedan á grandes rasgos. Los remedios saltan á la vista: educación sana y moral; elevar el alma, iluminar las conciencias, infundir energía, crear voluntad robusta, resignación. En lugar de hablar, sin cesar, á los niños de sus derechos y de la razón, enseñarles sus deberes para consigo mismos y los demás, desarrollar su sentimiento, acostumbrarlos á merecer su propia estimación y á que experimenten el goce inefable del aplauso de su propia conciencia.

Así obtendrá la humanidad una juventud alegre y satisfecha de la vida, preparada para el rudo combate del vivir, y no habrá desesperados de quince años que se maten y que maten á los demás.

Cigarros de reyes y millonarios

El rey Eduardo de Inglaterra ha hecho un pedido de 3.000 cigarros, de los cuales entran ocho en libra, y la fábrica garantiza que duran dos horas y media en cualquier clima. La cuenta, por supuesto, está en proporción con el cargo, pues asciende á 10.500 duros; es decir, á tres duros y medio cada cigarro.

Al mismo tiempo, pidió el rey de Inglaterra otros 1.000 cigarros para regalárselos á su sobrino el kaiser, pero éstos sólo son de 30 reales cada uno.

El monarca inglés es muy delicado en esto del tabaco, y no le gustan los puros empaquetados en cajas de á 100. Los que él fuma vienen cada uno en una caja herméticamente cerrada y con un cristal á lo largo de la tapa, para poder ver lo que encierra, y además cada cigarro trae una faja de seda fina pintada á mano. Claro es que esos cigarros tan grandes no los consume á todo pasto; comúnmente, fuma unos más pequeños, pero de la misma clase de tabaco, que salen á duro y medio cada uno; los de tres duros y medio sólo los gasta cuando tiene huéspedes de importancia.

Puede decirse que Eduardo VII es el más fumador de todos los reyes europeos, pues aunque algunas veces enciende un cigarrillo, lo corriente es que fume puro. El zar es también gran fumador; pero prefiere los pitillos á los puros. El sultán de Turquía no fuma más que cigarrillos.

Roosevelt no fuma; pero, en cambio, hay muchos millonarios de su tierra que gastan puros tan buenos como los de los reyes de por acá y hasta más caros. William T. Corey, presidente del *trust* del acero, por ejemplo, fuma cigarros de á cinco duros, hechos con tabaco de la misma calidad que los del rey Eduardo, pero de 25 centímetros de largo; los del monarca inglés sólo miden 22.

A Pierpont Morgan le gusta fumar cigarros de los más aromáticos y mejores que se fabrican; pero no los gasta tan grandes como el rey Eduardo, y Corey, aunque de igual calidad que los del monarca, los suyos sólo miden 16 centímetros de largo y son más delgados. Le cuestan á 25 reales cada uno, y hace gran consumo.

Muchos ricachos americanos han adoptado la costumbre europea de no fumar más que cigarros de cinco años, por lo menos, porque se cree que al tabaco le pasa una cosa parecida á lo que ocurre con el vino: que ganan con la edad en aroma, y por esta causa muchos millonarios hacen ahora pedidos de cigarros que han de ser entregados dentro de cinco años. Una gran fábrica de tabacos de Nueva York tiene los almacenes abarrotados de labores pagadas hace dos, tres y hasta cuatro años.

Bandidos con faldas

Volvía un labrador del mercado de Teleghem, donde había realizado una considerable cantidad de dinero, y tranquilamente iba en su carro, cuando encontró en la carretera á una mujer que parecía muy fatigada y que humildemente le pidió la dejara subir al carro, pues su estado de cansancio no le permitía seguir á pie.

Compadecido nuestro hombre, accedió á la súplica y recogió un cesto que la mujer le entregaba. Cuando subía al carro la pobre viandante, notó asombrado el labrador que la mujer no era sino un hombre disfrazado, y dándole una fuerte patada, le hizo caer sobre el polvo de la carreterra, mientras, azotando á su caballo, se alejaba á gran velocidad del lugar donde dejaba á la fingida pobre.

Al llegar á su casa, el primer cuidado de nuestro labrador fué ver lo que contenía el cesto que el disfrazado le entregó, y que resultó ser, entre otras cosas, un gran cuchillo y un revólver cargado.

Afortunado estuvo el labrador al descubrir el ardid á tiempo, pues si hubiera tomado posesión del carro el malhechor, difícilmente hubiera salido con bien del paso originado por su caridad.

Cosa curiosa: ocho días antes de este suceso, en los alrededores de Cassel (Alemania), había ocurrido un hecho completamente análogo al referido. Allí también el disfrazado malhechor fué descubierto y echado abajo del carruaje.

No les resulta, pues, tal estratagema á los salteadores, lo mismo en Francia que en Alemania, y tendrán que aguzar su ingenio y valerse de otras astucias.

La valija diplomática

Cómo viajan los secretos del Estado.

En otro tiempo, los correos de gabinete eran los encargados de conducir la correspondencia de los reyes, así oficial como particular, tanto al interior como al exterior de la nación.

De ellos se ocupa la Ordenanza española de 1794, fijando sus derechos y la obligación que de auxiliarles tenían todas las autoridades. Hoy, el papel de estos personajes ha cambiado algo; pero no ha perdido su importancia, pues ellos son los que conducen notas y despachos del Gobierno á sus representantes en el extranjero, y viceversa.

Las grandes naciones se relacionan por medio de representantes acreditados, embajadores, ministros ó cónsules. Estos representantes deben estar en comunicación directa con su Gobierno, lo que supone multitud de pliegos, de despachos confidenciales, de secretos de Estado que la más elemental prudencia aconseja no confiar al correo internacional. Estos pliegos, estos despachos, viajan en la valija diplomática, y el correo de gabinete es el encargado de llevarlos.

El correo y la valija.

No se crea que el cargo es fácil de desempeñar. Se requiere que el correo sea persona de cierta posición social y de bastante cultura, pues los despachos que se le encomiendan no son cifrados, y, en ocasiones, podrían influir en el destino de las potencias, de modo que un ligero descuído diplomático, una pequeña imprudencia, una indiscreción, podría provocar una guerra antes de que el correo estuviese de regreso en su país. En algunas naciones se exigen al correo de gabinete ciertas condiciones especiales; en Inglaterra, por ejemplo, tienen que gozar de una salud á toda prueba, no contar más de treinta y cinco ni menos de veinticinco años de edad, y ser excelentes ginetes.

Esta ultima condición parece inútil para época de los automóviles y de los ferrocarriles; pero los ingleses saben muy bien lo que hacen. En una ocasión, en medio del invierno, el mensajero del rey, como en Inglaterra se le llama, tuvo que hacer 400 kilómetros á caballo en cinco días y medio para entregar ciertos despachos muy importantes al representante del Gobierno inglés en Constantinopla. La valija diplomática inglesa es un saco de lienzo blanco; si hay que llevar muchos á la vez, se meten todos en un gran saco de cuero.

En la boca se pone una etiqueta con la dirección y el sello del Ministerio de Estado. En Francia, el correo de gabinete lleva los pliegos confidenciales en una cartera alta y estrecha que se cierra con llave, ó en una pequeña maleta, de la que no se separa jamás. Los documentos de menos importancia van en sacos de viaje ó maletas ordinarias; pero todo ello sellado y precintado con lacre rojo en el Ministerio, por empleados que han de prestar juramento de no curiosear el contenido.

A la valija acompañan en todas partes un pasaporte que respetan todas las aduanas del mundo, y si el correo ha de atravesar países en guerra, se obtiene previamente un salvoconducto de los beligerantes. El portador de los pliegos diplomáticos es inviolable, á menos que se demuestre que conspira contra la nación á donde se dirige.

Peligros y aventuras.

Pero no siempre se observa esta inviolabilidad. Hace quince años, en Tacherkesskeni, en plena Turquía, una cuadrilla de bandoleros detuvo un tren y se apoderó de cuantos en él iban incluso de un correo de gabinete francés. De nada sirvió que éste les mostrase su pasaporte y les diese á entender que los únicos objetos de valor que llevaba eran algunos papeles sin interés para ellos. Los bandidos dejaron sólo en libertad al maquinista, dándole tres días de tiempo para que volviese solo y trayendo un crecido rescate. De no hacerlo así, los viajeros serían pasados á cuchillo. Por fortuna, el maquinista se presentó puntualmente con la suma exigida.

Y no siempre son ladrones de oficio los que de este modo estorban al correo de gabinete el cumplimiento de su deber. En otra ocasión, cuando se temía un conflicto internacional en Europa, el Gobierno inglés encargó á uno de sus correos que llevase á Atenas ciertos despachos de la mayor importancia. El camino elegido fué por Marsella, y desde allí, por mar, á la capital de Grecia, donde saldría á recoger al correo un buque inglés. Nuestro funcionario hizo el viaje sin tropiezo hasta llegar á la lengua de tierra que sale á poca distancia antes de la bahía del Pireo.

Allí se vió venir un bote tripulado por marinos de guerra ingleses y con el pabellón inglés, haciendo señales al barco. El correo pidió al capitán de éste que se detuviese un momento para poder bajar al bote que venía á recogerle; ya estaba el capitán dando las órdenes necesarias, cuando apareció por detrás de la lengua de tierra una segunda lancha, tripulada también por marinos ingleses, que se acercaba á todo remo y hacía señales al parecer con prisa y agitación.

Tan pronto como este segundo bote estuvo cerca, el primero viró y, remando desesperadamente, se perdió de vista en un instante. De la nueva embarcación subió á bordo un oficial inglés, que mostró al correo la orden para recibirle en su buque.

Más tarde se supo lo que todo aquello significaba. El primer bote no era realmente inglés, y todo había sido un conato de secuestro del correo de gabinete para poder interceptar los despachos.

Valijas detenidas por el cólera.

Cuando no son los bandidos ó las potencias enemigas, es el cólera, con su enojosa cuarentena. En agosto de 1894, el capitán Taylor, mensajero del rey de Inglaterra, y M. Pierron, correo de gabinete francés, se vieron detenidos á 70 kilómetros de Constantinopla, en una pradera cercada por centinelas turcos, que ante el temor del contagio, amenazaban con hacer fuego á todo el que quisiera entrar en la ciudad.

No se les puso en libertad hasta después de haberles inundado, á ellos y á sus valijas, con un líquido antiséptico, cuyo olor no se les quitó de encima en un mes. Otras veces, son los accidentes imprevistos. Hace ya muchos años, un correo real interino, enviado por el Gobierno inglés á Berlín, tuvo la desgracia de que volcase en la nieve la diligencia en que viajaba y perdió la valija que se le había confiado. Por fortuna, al cabo de algunas horas de buscarla, la encontró sepultada en la nieve. Dícese que esta es la única vez que un correo de gabinete ha perdido su valija.

La parte cómica.

Pero no todas las aventuras de la valija diplomática son molestas ó peligrosas. Como las Aduanas respetan el equipaje de estos mensajeros oficiales, pocos de ellos vuelven de un viaje sin traer consigo preciosos recuerdos del país visitado, de modo que su regreso no sólo es esperado con impaciencia en el Ministerio, sino también en su casa, donde la esposa ó la hermana están deseando ver el cofrecillo ruso, la blusa de moda traída directamente de París, ó las babuchas bordadas de Constantinopla.

Hace algunos meses, un diario francés contaba la historia de una valija diplomática, que, al caer de manos de un empleado del Ministerio, dejó escapar sobre el andén de la estación vestidos de señora, enaguas, pieles, todo un escaparate de modista, en fin, que el correo de gabinete traía para su señora.

Para conservar el calzado mucho tiempo no hay cosa mejor que untarle todas las semanas un poco de leche.

Mendigos famosos

Se supone que el mendigo más rico del mundo es Simón Opthen, que pide limosna en París, habiéndose dedicado á tan cómodo oficio por la sencilla razón de que nació sin brazos ni piernas. Hace veinticinco años, Simón poseía ya una fortuna de 75.000 duros, y ocho años más tarde, entre limosnas y timos, consiguió que su capital llegase á 325.000 duros. Se cree que hoy posee el doble ó triple de esa cantidad.

Pero no es éste el único *pobre* rico. En agosto de 1904, murió en Niza un viejo judío ruso, cojo y mendigo, llamado Abraham Fidler. Se dedicaba á la mendicidad desde niño, y después de hacerse popular en las calles de París y en las principales playas de la Riviera, se fué á pedir limosna en Monte Carlo. Sacaba mucho dinero; pero no disfrutaba de él, porque cuanto más rico era, más miserablemente vivía, tanto, que á su muerte se dijo que había fallecido de hambre.

Fidler dejó 400.000 duros, que legó íntegros á lord Rothschild, con este proverbio popular: *Dinero llama dinero.*

Desde los tiempos de la Corte de los Milagros, París ha sido siempre la capital de los mendigos; la Policía parisiense puede contar acerca de ellos cosas curiosísimas. Tal vez una de las historias más extraordinarias es la de Henry Bompard, que hace tres años fué detenido por atacar con su muleta á un sujeto que no había querido darle limosna. Los agentes de Policía le registraron, y bajo sus andrajos encontraron un saco de cuero, del que cayó un verdadero torrente de piedras preciosas. Había allí montones de diamantes, rubíes, esmeraldas y perlas. No pudiendo figurarse, ni por un momento, que aquello fuera legítimo, llamaron los guardias á un joyero para que examinara las piedras, y después de mirarlas detenidamente, el industrial afirmó que ni una sola era falsa, y que estaba dispuesto á pagar 1(0.000 francos por ellas.

En Madrid tenemos muchos mendigos populares; París cuenta también con los suyos, algunos de los cuales se han hecho verdaderamente famosos. Uno de ellos es el *pobre ciego* del puente del Carrousel, ciego auténtico, pero que no tiene nada de pobre. Otro, es un anciano de encrespada cabellera, verdadero sosias del periodista Rochefort, lo cual le ha valido el nombre de *padre Rochefort.* Se cuenta que el escritor le ofreció en una ocasión 250 francos á condición de que se cortase el pelo, se afeitase ó alterase de cualquier modo su fisonomía; pero el mendigo no aceptó aquel trato, que probablemente habría acabado con su popularidad.

En América, la metrópoli de los mendigos es Nueva York; su número llega allí á unos 2.000, y durante las fiestas de Navidad se supone que la población invierte en limosnas 10.000 dollars diarios. De estos pobres de Nueva York, uno de los más conocidos es el que se da á sí mismo el nombre de *barón von Manteuffel.* Ha adoptado este título porque no pide limosna más que á la gente rica: á Pierpont Morgan, á Schawab, á Whitney y otros personajes por el estilo. En una ocasión fué á ver á Whitney en su propia casa, y contándole una historia triste, consiguió sacarle una buena limosna, y que además le llevase á la estación en coche.

—En cambio —cuenta el mismo barón de guardarropía—, Mr. Morgan me dió una limosna una vez, pero de un modo que me disgustó, como quien tira un hueso á un perro. Algo parecido me ocurrió con M. Schawab. Cuando oyó mi historia me dió un dollar. ¡Un dollar! ¡Fíjense bien! ¡El, que es tan rico! No volveré á verle.

Este mendigo aristocrático tiene sus tarjetas: unas, con el nombre de barón von Manteuffel; otras, como del profesor Whitney von Humboldt. Realmente, no es un mendigo en el verdadero sentido de la palabra, sino algo por el estilo de lo que nosotros llamamos *un sablista.*

En Harlem fué detenido hace seis años, un mendigo italiano llamado Francisco Gorgio, entre cuyos harapos se encontraron 150 duros en monedas y un libro de cheques indicando que tenía en el Banco 12.000 duros. Con el mayor cinismo, el mendigo dijo que había tenido más todavía; pero que había enviado 2.000 duros á una hija que tenía en Roma y que se iba á casar con un conde.

Por ricos que sean algunos mendigos de hoy, ninguno merece el título de rey de los mendigos, como lo merecía Claus Patch, famoso en Inglaterra á principios del siglo XVIII, bajo el honroso título citado. Poco antes de morir en Londres, Patch fué conducido en una camilla á presencia de centenares de pobres llegados de todos los barrios de la metrópoli. Incorporándose sobre sus almohadas, el anciano rey de la miseria dirigió á sus súbditos un discurso de despedida, dándoles consejos sobre la conducta que debían seguir cuando él faltase. Hablando de la gente á quien pedían limosna dijo:

—Por cada uno que da por caridad, hay quinientos que dan por ostentación.

Probablemente decía la verdad.

Al entierro de Patch asistieron mendigos de toda Inglaterra, y poco después elegían como sucesor del difunto á Bampfylde Moore Carew, verdadero Frégoli de su época, que conseguía sacar abundantes limosnas con su habilidad para disfrazarse y aparecer bajo distintos aspectos. El nuevo rey era hijo de un pastor protestante; llevado de su carácter aventurero, cuando contaba quince años de edad se escapó un día de la escuela y se reunió con los mendigos, para no volver á separarse de ellos.

Otro pobre famoso en Londres fué Jeffrey Dunstan, que se daba á sí mismo el nombre de *alcalde de Garratt,* un suburbio de la capital de Inglaterra. Su fama dependía del hecho de ser enano y de aspecto muy grotesco, y de la facilidad con que inventaba cantares satíricos.

Pero el más famoso de los mendigos ha sido seguramente Beppo, el rey de los pobres de Roma, que hace treinta y cinco años pedía limosna en las escaleras de la plaza de España, y á quien conocía hasta el mismo Papa. Era moda darle dinero, y jamás pasaba por su lado un príncipe ó un cardenal sin echarle una moneda, diciéndole á la vez alguna palabra cariñosa. Al anochecer, llegaba al pie de las escaleras un borriquillo lujosamente enjaezado y conducido por un criado de librea. Beppo, que estaba impedido y andaba arrastrándose con ayuda de unos tarugos de madera, bajaba casi rodando los escalones, el criado le subía sobre el asno y emprendían la marcha hasta llegar á una de las mejores casas de uno de los principales barrios de Roma. Deteníanse en la puerta, y un criado salía para bajar de su montura al rey de los mendigos y meterlo en la casa, donde vivía con todo lujo.

Beppo estaba muy rico. Era muy listo, y sus ingeniosas frases le granjeaban la amistad de todas las clases sociales. Los días de fiesta daba un banquete á unos cuantos amigos, en su mayor parte mendigos. Entendía mucho de negocios, y no pocos industriales tenían depositada en él su confianza y acudían á su lado solicitando sus consejos.

Nuestros sorteos

En el celebrado con la lotería del 15 del actual han sido favorecidos los señores siguientes:

D. Pedro Zamora, guardia civil, Madrid; D. Antonio Rodríguez, guardia civil, Carral (Coruña); D. José Vivar, guardia civil, Pinos Puente (Granada); D. Tomás Tejero, sargento de Ingenieros, Pontevedra; D. Enrique Fernández, sargento de la Guardia civil, Viver (Orense); Don Juan Jiménez, cabo de la Guardia civil, El Fontanar (Sevilla); D. Federico Panero, sargento del 6.º regimiento de Ingenieros, Valladolid; D. Juan Gumiel, guardia civil, Moraña (Pontevedra); D. José Carballo, guardia civil, San Juan del Puerto (Huelva); D. Cesáreo Prieto, maestro de banda del regimiento de Talavera, Palencia; Don Luis Bonet, músico del regimiento de Mahón, Mahón (Baleares).

A todos se les ha enviado el regalo correspondiente, por correo, certificado, según hemos prometido.